

vestigados eran en sí mismos, sino que prolongaba su investigación hasta mucho más allá de ellos mismos, encontrándole siempre significaciones y conexiones con la vida de su tiempo, por lo que, gracias a todo ello, se han podido ir desvelando muchos importantes capítulos de nuestra historia. Las investigaciones de don Manuel Gómez-Moreno no le han servido solamente a los estudiosos que trataban de racionalizar nuestra historia arqueológica o nuestra historia artística. Le han servido también, y muy fundamentalmente, a los historiadores en el sentido más estricto de la palabra, a los reconstituidores de la historia de España. De esa aportación se encuentran las huellas, en frecuentísimas citas, desde don Ramón Menéndez Pidal hasta el más joven de nuestros actuales investigadores. Baste citar, a guisa de ocasional ejemplo, su aportación decisiva a la reconstrucción del alfabeto y el idioma de los iberos —fundamental para las investigaciones de esas épocas—, o su estudio sobre «Las iglesias mozárabes», imprescindible base para organizar todas las ideas sobre el capítulo del mozarabismo. Porque hay que tener en cuenta que don Manuel nunca se dejó ganar por esa penosa servidumbre de la erudición que es la estricta especialización. El siempre estuvo aten-



to a todas las atalayas de nuestra historia y de nuestra prehistoria y, de la misma manera que se ocupaba de esas dos parcelas citadas, se refería también, por ejemplo, a los pilares fundamentales de la arquitectura o la escultura renacentistas. Con todo, se le podría llamar un «medievalista», porque, en efecto, él ha hecho aportaciones decisivas a las historiografías de nuestra edad media. Pero su trabajo ha sido tan vasto que, con las mismas razones, se le podría considerar especialista en cualquiera de las otras edades de nuestra historia.

Tengo sobre mi mesa de trabajo el «Catálogo monumental» de la provincia de Salamanca, en dos tomos, del que es autor don Manuel, editado, en 1967, por la Dirección General de Bellas Artes, en la etapa de Gratiano Nieto. Pues bien, el manuscrito de ese libro estaba entregado por don Manuel a esa dirección general... en 1901. Parece mentira. Parece mentira, no solamente que un libro de tal categoría, encargado, además, expresamente, haya tenido que esperar sesenta y cinco años para publicarse, sino la perfección con que el libro está realizado, la amorosa detención en cada una de las piedras, de los rincones, de la vasta geografía que estudia. Parece mentira, además, que ese libro, realizado casi en la mocedad del autor, apenas si ha necesitado unas breves notas del mismo autor para actualizarlo y, sobre todo, la manera como las intuiciones de entonces se convirtieron luego en certidumbre. Parece mentira que ese libro, hecho sobre la andadura de toda una vastísima topografía, esté realizado en un tiempo en que, prácticamente, no se podía ir en automóvil a ninguna parte, de cuyas dificultades se encuentran por doquier donositas referencias... («Desde Lumbrerales, a donde se llega en ferrocarril, resulta fácil la visita de este despoblado y el de Yecla —habla de Las Merchanas—, tomando allí guía y caballería; además, hay posada relativamente aceptable.») Así, a lomos de caballería, en tren, a veces andando, realicé por aquellas fechas inaugurales de nuestro siglo, los catálogos monumentales de las provincias de Avila, Salamanca, Zamora y León. Así, en aquellos años y en los siguientes, recorrí los más apartados rincones de nuestra geografía para reconstruir las parcelas más inéditas de nuestra historia.

Pero, sobre todo, parece mentira que la mayor parte de la obra de ese español ejemplar, o permanezca aún inédita o esté agotadísima hasta la exasperación de todos los que estamos interesados en ella.

Tengo entendido —pero la información no es rigurosa— que la Editorial Aguilar prepara una edición de obras escogidas de don Manuel. Eso ya estaría muy bien. Pero, entre tanto, y a manera de homenaje por el centenario de ese hombre, sería muy bello que la Dirección General de Bellas Artes, o el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o quien sea, reeditase de nuevo ese libro fundamental que los interesados en ello tenemos que ver siempre gracias al préstamo de algún amigo, o de una biblioteca pública. Me refiero a «Las iglesias mozárabes». Esta vez debería estar ilustrado con toda la riqueza de reproducciones que la capacidad editorial de nuestros días hace posible. Lo mejor de don Manuel es su servicio a la cultura española. El mejor homenaje que podríamos hacerle es que su obra siga prestando servicio. ■ MORENO GALVAN.

COLABORAN: Juan Aldébarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, Ramón L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán.

REFLEXIONES SO

Mí interés por la política fue temprano. Es posible que se tratara, a fin de cuentas, de un error de juventud. No tenía entonces idea clara de los riesgos que le supone a un hombre que se propone poner por encima de sus aspiraciones personales el interés de la colectividad, el defenderla siempre y en cualquier circunstancia, aunque sus opiniones resulten impopulares, aun cuando sean rechazadas por la mayoría y, de este modo, comprometa su carrera personal.

No media, por entonces, el alcance de estos riesgos que hoy conozco. Pero ello no ha modificado mi concepción de la acción y de la lucha política, porque, a pesar de todo, sigo siendo un optimista. Hoy, como entonces, sigo pensando que la verdad y la justicia terminarán por imponerse.

Quiero advertir lo siguiente a los jóvenes que se orientan hacia una carrera política: si teméis los combates sin tregua en los que el único sostén será la convicción de que las grandes causas a las que os habéis entregado triunfarán irremisiblemente un día, con vosotros o sin vosotros o después de vosotros; si teméis el largo camino de la lucha, cuajado de decepciones y reveses, hasta el día en que la historia acabe por dar su veredicto; si preferís una vida de recompensas y triunfos más que una vida llena de incertidumbres y desilusiones, os aconsejo, en ese caso, que os apartéis de la vida política. Pero si os sentís animados por el saludable afán y el esfuerzo por una fe y unas convicciones desinteresadas, debéis entrar en liza porque se necesitan hombres como vosotros.

NO existen, en realidad, unas diferencias esenciales entre las actividades cívicas y las políticas, tan aparentemente diversas. Es indudable que las responsabilidades no son semejantes; son mucho mayores cuando se sitúan a un nivel nacional, pero los deberes de un hombre elegido por el pueblo —sea alcalde, diputado, ministro o jefe de gobierno— serán siempre de la misma naturaleza. En todas estas funciones, tan distintas para el público que uno representa, se actúa en nombre de otro, por cuenta de aquellos que os eligieron, que depositaron su confianza en vosotros y con los que se contrajeron unas obligaciones.

Pero no basta con limitarse a ser un mero intérprete y servir las tendencias que se advierte en ellos. En ocasiones es preciso señalar el error de aquellos que os eligieron, enderezar los impulsos del interés particular mostrando las exigencias del interés general, resistir a las solicitudes nacidas de una información incompleta o tendenciosa. Hay momentos en que se necesita valor, y esto es lo que comunica a la misión política su verdadera utilidad y su auténtica dignidad. Porque si hay muchas formas de abordar la vida política, no son forzosamente las mejores, desde el punto de vista del interés general, aquellas que sirven o mejor garantizan las ambiciones personales de un hombre.

BRE EL HOMBRE POLITICO

EL primer deber del representante del pueblo consiste en mantener el diálogo con sus electores del modo más franco, leal y constante como sea posible, ya se trate a escala de distrito o nacional. Y si se analizan bien las cosas se verá que aquí reside la propia condición del éxito. Efectivamente, el diálogo del mandatario con sus electores llega a interrumpirse o a alterarse por la demagogia (es decir, por la mentira) y es posible ser reelegido de nuevo, ser mantenido en las asambleas y en el gobierno por una especie de inercia de la maquinaria política, pero se corre el riesgo de traicionar pronto la misión recibida, y rápidamente queda incapacitado para construir sólida y duraderamente para el país. Porque, en realidad, el hombre político no posee fuerza, autoridad y eficacia en la acción más que en la medida en que se apoya en la voluntad de aquellos que le designaron. La acción del gobierno nunca es útil si no está sostenida por la opinión pública, si no recibe el aliento del país a la hora de encararse con dificultades. Cuando ello sucede, se ve condenado a renunciar a las decisiones, a las reformas necesarias, a contentarse con una vaga gestión conservadora para ir tirando o, incluso, a ceder a la rutina, a los intereses que le presionan para desviarlo de la política que había prometido hacer. Por el contrario, cuando busca y consigue el apoyo del país, cuando moviliza los deseos de progreso y los encauza, puede llegar a superar los mayores y más temidos obstáculos.

EXISTE otro peligro, contrario, en cierto modo: es preciso arrostrar los abusos a que puede dar lugar una propaganda gubernamental sistemática. En una dictadura, incluso en una dictadura blanda, la propaganda intenta convencer por todos los medios, incluidos los menos escrupulosos, a los ciudadanos de una doctrina que no emana de ellos y que se les quiere imponer desde arriba. En una democracia sucede todo lo contrario: la orientación, el impulso, debe emanar del país y de los representantes por él elegidos. El gobierno rinde cuentas a las asambleas y al pueblo como un servidor a su dueño; informa, aconseja, interesa a la Nación entera por su destino y por aquello que se está haciendo para asegurarle. Pero la voluntad procede de la Nación; es la Nación la que ejerce el poder a través de aquellos a quienes ha designado para ejecutar las tareas deliberadas en común.

Pero, para que esto sea posible, también el propio pueblo debe sentirse incumbido por ciertos deberes. Porque la política no es sólo cuestión de los profesionales. Es cosa de todos, y todos deben actuar en consecuencia. Hay gentes que dicen: «A mí no me interesa la política ni quiero ocuparme de ella». Yo no dudo en acusar de ingratitud a éstos. Porque el que se niega a asumir sus responsabilidades, a participar en los debates, en las decisiones, en los combates, se está sustrayendo al pago de una deuda que tiene con la colectividad. Ellos deben a los innumerables esfuerzos de los que les precedieron y de conciudadanos suyos la sociedad que disfrutan, que —aunque sólo sea en cierta medida— les protege y ayuda;

deben todo lo que son y tienen. Nadie tiene el derecho de olvidar que, en este sentido, uno es, ante todo, un deudor. Cuando uno presta un servicio a la sociedad está, simplemente, pagando lo que recibió antes.

MUCHOS hombres y mujeres adoptan, respecto al Estado, una cierta actitud de indiferencia; le consideran, por hábito ya, como una inmensa máquina que puede marchar sola, bien o mal, pero sola, y que no necesita de su aportación activa ni siquiera de una adhesión, de un compromiso. Llegan a perder la noción de lo que en realidad es el Estado; estos ciudadanos —que no cumplen con su papel de ciudadanos— esperan de él, más que una mejora de su condición colectiva, las ventajas personales que puedan conseguirles los grupos o las entidades de las que forman parte. A causa de este debilitamiento de la democracia se produce un doble desequilibrio:

— Desequilibrio entre los intereses particulares y el interés general. Los intereses particulares que afectan a un número suficiente de individuos encuentran, como es lógico, defensores. Pero el bien general, por ser más difuso, encuentra menos abogados y menos apasionados. La misión del hombre político consciente de su deber es hacer comprender el absurdo de una situación en la que los grupos, al arrancar a la colectividad ventajas o prestaciones fragmentarias, compensan o anulan las de otros, mientras la totalidad de los ciudadanos (y sobre todo los más vulnerables) pagan su precio, incluso sin darse cuenta.

— Desequilibrio, también, entre la amplitud de las responsabilidades del Estado y el apoyo psicológico que recibe para enfrentarse con ellas. La evolución ha ampliado considerablemente las atribuciones del Estado, especialmente en los campos económico y social; asimismo, la situación internacional le obliga a tomar decisiones capitales para el porvenir. Más que en cualquier otra época histórica, los gobiernos tienen necesidad de traducir una voluntad colectiva firme y consciente. Si los individuos se refugian en una especie de dimisión cívica, la vida nacional entera sufrirá las consecuencias de ello.

LOS hombres de Estado deben despertar por doquier el sentimiento de solidaridad que asocia a los ciudadanos a los asuntos comunes, tomando audazmente el partido del interés general y mostrando sus «dossiers» a la opinión. A su vez, el sentido cívico y la intervención de los ciudadanos deben permitir a los responsables hacer respetar la supremacía del bien público contra las rutinas, los egoísmos, los privilegios.

La democracia no es, por tanto, el gesto efímero del elector que deja caer un sobre en una urna para dimitir luego de sus funciones cívicas. Es mucho más: es la colaboración constante de todos los hombres con sus representantes, condición indispensable para el progreso político de este siglo XX. ■ P. M. F. (Copyright ©, 1970. Agencia Laure Forestier-TRIUNFO.)